

TULA-TEOTIHUACÁN, QUETZALCÓATL Y LA TOLTECAYÓTL

Enrique FLORESCANO
El Colegio de México

I. El problema: origen y complicaciones

AFIRMA WIGBERTO JIMÉNEZ MORENO que en “los primeros tiempos de las modernas investigaciones mexicanistas, nadie ponía en duda que Tula, Hgo., fuera la Tula de las tradiciones indígenas. Plancarte, al cual, sin embargo, se le deben aciertos, fue quien propuso que se identificara a Teotihuacán con la Tula”¹ de que hablan las fuentes históricas. Tiempo después, al iniciar Manuel Gamio sus excavaciones en Teotihuacán² (1917-1922) y poner al descubierto la magnificencia y monumentalidad de la gran urbe teotihuacana, el punto de vista que tendía a identificar a la Tula de las fuentes con Teotihuacán logró imponerse de una manera definitiva. Y ello fue así porque al parecer sólo una urbe de la grandiosidad de Teotihuacán se ajustaba al arte y sabiduría que las fuentes escritas le asignaban a los toltecas. Además, en este tiempo, la arqueología científica apenas se había incorporado a las investigaciones y el único punto de referencia sólido que nuestros arqueólogos e historiadores tenían a la mano eran las fuentes escritas. Así pues, al encontrarse en Teotihuacán una urbe a la altura de las maravillas que esas fuentes contaban de los toltecas, se identificó a Teotihuacán con la Tula que las mismas fuentes mencionaban como capital de los toltecas. Dice así un texto respecto a los toltecas y su ciudad principal:

De verdad allí estuvieron juntos,
estuvieron viviendo.

Muchas huellas de lo que hicieron
y que allí dejaron todavía están allí, se ven
las no terminadas, las llamadas columnas de serpientes.
Eran columnas redondas de serpientes,
su cabeza se apoyaba en la tierra,
su cola, sus cascabeles están arriba.
Y también se ve el monte de los toltecas
y allí están las pirámides toltecas,
las construcciones de tierra y piedra, los muros estucados.
Allí están, se ven también restos de la cerámica de los toltecas.

Los toltecas eran gente experimentada,
todas sus obras eran buenas, todas rectas,
todas bien hechas, todas admirables.

Sus casas eran hermosas,
sus casas con incrustaciones de mosaicos de turquesa,
pulidas, cubiertas de estuco, maravillosas.
Lo que se dice una casa tolteca,
muy bien hecha, obra en todos sus aspectos hermosa...

Pintores, escultores y labradores de piedras,
artistas de la pluma, alfareros, hilanderos, tejedores,
profundamente experimentados en todo,
descubrieron, se hicieron capaces
de trabajar las piedras verdes, las turquesas,
Conocían las turquesas, sus minas,
encontraron las minas y el monte de la plata,
del oro, del cobre, del estaño, del metal de la luna.

Estos toltecas eran ciertamente sabios,
solían dialogar con su propio corazón...

Hacían resonar el tambor, las sonajas,
eran cantores, componían cantos,
los daban a conocer,
los retenían en su memoria,
divinizaban con su corazón
los cantos maravillosos que componían...³

Sin embargo, la fuente citada, Sahagún y la mayoría de los cronistas e historiadores de los siglos xv y xvi mencionan como capital y ciudad principal de esos renombrados artífices que eran los toltecas no a Teotihuacán, sino a Tula. Así pues, justamente aquí está el origen del problema que un

poco recuerda a la *Comedia de las Equivocaciones* de Lope de Vega.

No obstante la existencia de una Tula en el Estado de Hidalgo, la importancia de lo descubierto en las excavaciones realizadas en la zona arqueológica de Teotihuacán parecía indicar a los arqueólogos e historiadores que esa era, indudablemente, la ciudad famosa de que hablaban las fuentes. Se argüía, además, en apoyo de esta tesis, que Tula o *Tollan* como la designan indistintamente los textos, quiere decir gran ciudad o metrópoli.

Agréguese a lo anterior el gran peso documental de los numerosos testimonios aztecas que hablaban de lo tolteca como la suma y compendio de todo arte y conocimiento y se verá lo tremendamente difícil que era para los investigadores de la época el evitar formular la tesis que identificaba a Teotihuacán con la capital y ciudad principal de los toltecas.

Así pues, durante largo tiempo, la literatura prehispánica identificó a Teotihuacán con los toltecas y viceversa. Los constructores de Teotihuacán, se decía, fueron los toltecas; y a no dudarlo el arte y los conocimientos que las fuentes destacan como una característica esencial del pueblo tolteca están plenamente manifiestos en la gran urbe teotihuacana. Pensábase, en suma, que en toda Mesoamérica ningún otro centro o ciudad excepto Teotihuacán, podía parangonarse con la tradición fabulosa que aureoleaba a los toltecas.

Tales afirmaciones eran moneda corriente a pesar de que García Cubas había realizado ya una exploración preliminar en la Tula de Hidalgo, y a pesar de las excavaciones de Charnay,⁴ en el mismo lugar, en el último tercio del siglo pasado. Estos primeros reconocimientos en una zona arqueológica a todas luces pobre no podían relacionarse en ninguna forma con la fama y el prestigio tolteca. La Tula de Hidalgo se hundió así en el olvido, sin que a nadie se le ocurriera pensar que sus restos, apenas prefigurados, pudieran tener alguna relación con la legendaria *Tollan* de los toltecas.

En tal certidumbre, la "confusión terminológica llegó a tal grado que en los libros de texto con que se enseña His-

toria en las escuelas, y hasta en algunos libros de ilustres arqueólogos, aparece el nombre de *Cultura Tolteca o Teotihuacana*. No en vano se llamaba *tolteca* a todo aquello que se les antojaba”.⁵

Así transcurrían las cosas cuando, de pronto, el punto de vista que identificaba a la Tula de que hablan las fuentes y los cronistas con Teotihuacán, empezó a tambalearse a finales de 1940, para cambiar radicalmente después de esta fecha. En 1940 Jorge R. Acosta publicó el resultado de sus exploraciones en Tula, Hidalgo.⁶ En este trabajo Acosta hacía resaltar el hecho de que todos los restos arqueológicos encontrados en Tula, correspondían a una cultura completamente distinta a la teotihuacana; afirmando, además, que tales restos pertenecían a *la verdadera cultura tolteca*. Por lo tanto, concluía Acosta en su trabajo, “todo lo que se ha conocido hasta ahora como tolteca constituye el error fundamental de considerar como tolteca al complejo cultural teotihuacano”.⁷

Ante esta nueva situación, que modificaba sustancialmente el estado de cosas anterior a las excavaciones de Acosta, se convocó en 1941 a una reunión entre los especialistas con el objeto de esclarecer plenamente el problema en relación a Tula, Teotihuacán y los toltecas. El material de esas deliberaciones se publicó el mismo año de 1941 en el tomo quinto de la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. Tanto en las conversaciones como en los artículos publicados en la citada revista predominó el grupo, mayoritario, que encabezaban Wigberto Jiménez Moreno y Alfonso Caso y que mantenía la opinión de que la Tula mencionada en las fuentes, es decir la Tula o Tollan histórica, era la Tula de Hidalgo y no Teotihuacán, como pretendía el grupo minoritario y la tradición general a partir de las excavaciones de Gamio. Asimismo, Jiménez Moreno, Caso y otros, aduciendo numerosas pruebas, hacían notar que la cultura que se asentó en la Tula de Hidalgo correspondía, cronológicamente, a un estadio histórico posterior al florecimiento y caída de Teotihuacán. Investigaciones sucesivas en este sentido situaron el período comprendido por la ahora llamada “cultura

Teotihuacana” entre los años 300 a. C. y 600 ó 700 d. C.; y aquel en que se desarrolló la también a partir de este momento llamada “cultura tolteca”, entre 968 y 1168 d. C., aproximadamente. Esta datación se vio luego apuntalada por nuevas investigaciones de Acosta en Tula, cuyos resultados publicó en 1942,⁸ y por un acucioso trabajo de Armillas, en el que llega a la siguiente conclusión:

Como se desprende de la estratigrafía de Teotihuacán y Tula, la destrucción de aquella fue anterior a la fundación de ésta, que Wigberto Jiménez Moreno —como resultado de un cuidadoso análisis de los datos contenidos en la historia tradicional sitúa en el siglo x. Los comienzos de Teotihuacán, la construcción de las grandes pirámides, parece deben fecharse en los siglos II ó III después de Cristo.⁹

Así, de pronto, en unos cuantos años, cambió totalmente el problema referente a la tríada Teotihuacana-Tula-los Toltecas. A partir de este momento las sucesivas investigaciones fueron reforzando la verosimilitud de la tesis que sustentaron Jiménez Moreno, Acosta, Caso y muchos más. Tula y los toltecas quedaron entonces considerados como una *nueva cultura*, posterior a la época u horizonte clásico, que no tenía nada que ver con los habitantes y constructores de la fabulosa Teotihuacán. A su vez, el origen de los pobladores, la lengua y el grupo étnico a que pertenecieron los habitantes de Teotihuacán se volvió a hundir en el más oscuro de los misterios.

II. *Tula-Teotihuacán y el origen de la Toltecáyotl*

Sin embargo, ni la reunión de antropólogos de 1941 ni las posteriores investigaciones que tan radicalmente modificaron el panorama cronológico-cultural concerniente a Teotihuacán y Tula, pudieron despejar todas las incógnitas y contradicciones que envuelven a esos dos centros.

En el año de 1954 aparecieron varios trabajos de Laurette Séjourné —decidida y entusiasta partidaria de la tesis que identifica a Teotihuacán con la *Tollan* de los textos— en

donde la autora manifiesta su inconformidad con la tesis opuesta, que afirma que la Tula de Hidalgo es el verdadero centro político-religioso de los Toltecas. Los trabajos de la señora Séjourné contienen, en nuestro parecer, proposiciones sumamente interesantes que no es posible pasar por alto. Cuando menos dos de esas proposiciones continúan vigentes, como lo veremos aquí, aún a pesar de que la tesis fundamental de la autora parece totalmente insostenible. Tales proposiciones se refieren: una a la *Toltecáyotl* y la otra al mito de Quetzalcóatl. Ellas explican, en nuestra opinión, el hecho de que una investigadora del rango de Séjourné continúe aferrada a una postura que las investigaciones día con día se empeñan en demostrar errónea. Estudiamos aquí primero el problema que encubre el origen de la *Toltecáyotl* y después el relativo a Quetzalcóatl.

Desde hace ya muchísimos años viene debatiéndose entre historiadores, arqueólogos y estudiosos de lo prehispánico, sobre el problema que entraña el origen de la *Toltecáyotl*, que a su vez guarda estrecha conexión con el de Totihuacán y Tula. Veamos pues qué se entiende por *Toltecáyotl*.

La palabra *toltecáyotl* está formada por el vocablo náhuatl *Toltecatl* que significa artesano o artista... y la terminación *yotl*, que forma el abstracto. Por lo tanto, *toltecáyotl* significa *toltequidad*, o conjunto de artes y artistas, así como ...[también se refiere] a sus ideales [de los toltecas].¹⁰

Recordemos ahora que Séjourné, en su trabajo *Tula, la supuesta capital de los Toltecas*, para negarle a la Tula de Hidalgo el rango de asiento principal de los Toltecas, hace descansar gran parte de su argumentación en el hecho de que, asevera, de ningún modo los restos de esa ciudad pueden equipararse a las descripciones que sobre esa gran urbe nos ofrecen las fuentes. Existe un verdadero abismo entre lo que expresan los testimonios sobre la belleza y riqueza de la ciudad y lo que se ha encontrado en Tula, Hidalgo. Este contraste entre la prestigiosa tradición tolteca y la pobreza de las manifestaciones artístico-culturales que revela Tula, es lo que conduce a Séjourné a negar que la Tula de

Hidalgo sea en efecto la *Tollan* de que hablan las fuentes. Para fundamentar su aserto se vale casi exclusivamente de una fuente, de Sahagún, quien dice:

Estos *toltecas* todos se nombraron *chichimecas*, y no tenían otro nombre particular, sino el que tomaron de la curiosidad y primor de las obras que hacían, que se llamaron *toltecas* que es tanto como si dijésemos oficiales pulidos y curiosos, como ahora los de Flandes.¹¹

De modo que, piensa Séjourné, debemos “convenir que, aún con la mejor voluntad del mundo, es absolutamente imposible adjudicar estos títulos a las obras de los habitantes de Tula, Hidalgo, y uno se pregunta por cuál sortilegio su cerámica —sin duda la más fea y la menos imaginativa de todas—, y su escultura rudimentaria... pudieron haber pasado por obras maestras en un mundo que, antes y después de esta ciudad, alcanzó cimas prodigiosas en la concepción y realización de sus obras”.¹² En seguida trae a colación Séjourné los párrafos de Sahagún que se refieren a la antigüedad de Tula:

Primeramente los Toltecas, que en romance se pueden llamar oficiales primos, según se dice, fueron los primeros pobladores de esta tierra, y los primeros que vinieron a estas partes, que llaman tierras de México.¹³

En otro trabajo,¹⁴ la referida autora cita nuevamente a Sahagún, con objeto de dejar establecida la antigüedad de Tula y los Toltecas:

En lo que toca a la antigüedad de esta gente, tiénese por averiguado que ha más de dos mil años que habitan en esta tierra que ahora se llama la Nueva España: Porque por sus pinturas antiguas hay noticia que aquella famosa ciudad que se llamó Tula, ha ya mil años o muy cerca de ellos que fue destruida... y en lo que duró en su prosperidad antes que fuese destruida, es consono a verdad que pasaron más de mil años, de lo cual resulta que por lo menos quinientos años antes de la encarnación de nuestro Redentor, esta tierra era poblada.¹⁵

De todo lo dicho salta a la vista que existe una enorme contradicción entre lo afirmado por Sahagún y lo que la arqueología ha descubierto en Tula, Hidalgo; por lo tanto, en cierto modo, el problema Tula-Teotihuacán continúa vigente, sin que aparezca la solución que reconcilie y explique estas discrepancias y contradicciones. Recientemente apareció un interesante trabajo de Demetrio Sodi,¹⁶ en donde se aducen otros pareceres en relación al problema que venimos tratando. El trabajo de Sodi, además de iluminar algunos puntos oscuros en relación al origen de la *Toltecáyotl*, contiene sugerencias de importancia para la elucidación del problema principal: Tula-Teotihuacán-Toltecáyotl-Quetzalcóatl. Dice Sodi:

Al hablar de *Toltecáyotl*, los nahuas se referían al conjunto de las artes y los ideales de los toltecas, al arte y al artista, y por lo tanto, al buscar el origen de la *Toltecáyotl* no hacían otra cosa que buscar el origen de todas las artes.¹⁷

Como observamos aquí, la preocupación por el origen de la *Toltecáyotl* tiene raíces bien antiguas. En este sentido dice León Portilla:

Los Informantes de Sahagún, en la documentación que se conoce bajo el nombre de *Códice Matritense de la Academia de la Historia*, dan una versión del origen histórico de sus creaciones artísticas. Como es obvio, esta versión indígena nos ofrece, más que nada, un testimonio de lo que creían y pensaban los indios viejos, por lo menos desde fines del siglo xv y principios del xvi, acerca del origen de su arte. Tal vez al relacionarlo con “la edad dorada” de los *toltecas*, se hacen solidarios de una especie de leyenda o mito cultural... Como en casi todas las grandes culturas hablan de maravillosos tiempos pasados, en los cuales todo fue bueno y hermoso; en ellos nació la *Toltecáyotl*, palabra que significa el conjunto de las artes y los ideales de los toltecas”.¹⁸

Sodi, que hace un desarrollo similar a la secuela de los hechos aquí narrados y que aduce igualmente los reparos que sustenta Séjourné respecto a la Tula de Hidalgo, arriba consecuentemente a esta conclusión: “sigue entonces en pie el problema de cuál es el origen de la *Toltecáyotl*. Hemos

anotado antes que algunos autores siguen creyendo que es Teotihuacán [Séjourné]. Nosotros también lo creemos”, afirma Sodi, sólo que este autor fundamenta su aserto en otras consideraciones.

En primer lugar, porque como lo hemos destacado suficientemente, el material exhumado en Tula Hidalgo, no concuerda ni remotamente con las excelencias y pasado cultural que los textos le atribuyen a los toltecas. De ello se deduce que el origen de la *Toltecáyotl* no puede localizarse en Tula Hidalgo, ni tampoco es posible identificar a ésta con la *Tollan* maravillosa y legendaria de que dan noticia las fuentes.

En segundo lugar, y aquí empiezan las sugerencias propias de Sodi, es seguro que un centro como el que se supone origen de la *Toltecáyotl* debe de haber contado con una tradición religioso-cultural realmente prodigiosa. Sodi, partidario de la tesis que señala a Teotihuacán como tal centro, hace ver que uno de los aspectos característicos de las sociedades prehispánicas: la religión, está desarrollado ya plenamente en Teotihuacán. Así, nos ofrece en nueva versión un texto de la *Leyenda de los Soles*, en donde se habla de la creación y aparición de los dioses en Teotihuacán. Los dioses nombrados en el texto son: Quetzalcóatl, Nanahuátl, Tonacatecuhtli y Tonacihuátl, Xiuhtecuhtli, la luna bajo el nombre de Nahui Tecpatl, Tláloc, Nepantecuhtli, Titlacahuan, Huitzilopochtli, Xochiquetzal, Papaztac, Tzintzímín y Colelletín.¹⁹

Apoyado en esta enumeración de diferentes deidades que el texto hace aparecer en Teotihuacán y especialmente en la presencia de Tláloc y Quetzalcóatl: “dos deidades principales de la mitología náhuatl hasta los tiempos aztecas”, Sodi deduce que es por “lo tanto en Teotihuacán el que primero representa claramente a los dos dioses y en consecuencia el origen del pensamiento religioso náhuatl alrededor de esas deidades”.

En tercer lugar trae Sodi a colación otros argumentos más experimentados y seguros de comprobar: la influencia decisiva del arte y las técnicas teotihuacanas en toda Mesoamé-

rica, cuestión ésta que se ha comprobado totalmente por numerosos estudios. Así pues, dice, de “lo que no creemos que haya duda es de la tremenda influencia arquitectónica de Teotihuacán en la América Media”. Por último, señala Sodi a la pintura, que “como prácticamente todos los elementos de nuestra cultura Prehispánica, está llena de simbolismos. Realmente el mundo de los símbolos en Teotihuacán es de tal variedad y riqueza que resulta sumamente difícil el hacer un simple catálogo de los mismos y aún el identificarlos e interpretarlos... En Teotihuacán aparecen por primera vez símbolos tan importantes como los relacionados con la penitencia, con el complejo serpiente emplumada, el hombre-tigre-pájaro-serpiente; símbolos planetarios, la cruz de cinco puntos, la cruz de Quetzalcóatl o cruz de kan, el jeroglífico de *ollin*, el signo de la flor y el canto, la mariposa, signos acuáticos, águilas y tigres, corazones, cuchillos para el sacrificio; huellas de pies representando caminos, etc., todo esto acompañado de una inmensa cantidad de símbolos relacionados con los dioses, ya que en Teotihuacán se complica sobremanera el panteón indígena y son por primera vez identificados muchos de los dioses que perduran hasta la época azteca”.²⁰ De modo que, concluye Sodi, “volvemos a encontrar el origen de un importante elemento de la *Toltecáyotl* en Teotihuacán”: la pintura.

Así pues, el cotejo de Sodi, como el de Séjourné, no dejan lugar a dudas: *es imposible sostener con rigor que las excelencias y tradición cultural que los textos asignan a los toltecas puedan corresponder a la cultura que floreció en la Tula de Hidalgo*. Y, sin embargo, Jiménez Moreno ha demostrado con toda certidumbre que la Tula de que hablan las fuentes es la de Hidalgo,²¹ al identificar con precisión algunos poblados y el cerro de Xicotitlán que la rodean y que expresamente mencionan los textos. Ante tal contradicción, el criterio de los estudiosos se va cargando hacia la corriente natural que conduce a otorgar el origen de la *Toltecáyotl* a Teotihuacán. Séjourné y Sodi son dos ejemplos de ello. Y todavía más, León-Portilla dice al respecto que:

Debe subrayarse, aunque sea de paso, que el arte, arquitectura, pintura y escritura de Teotihuacán, influyeron para siempre en las creaciones de quienes vinieron después de ellos. Con justicia se considera a este horizonte como clásico, ya que parece ser la raíz más honda de lo que después se llamó la *toltecáyotl*.²²

Y bien, puede preguntarse el lector ¿cómo es posible que se afirme, por un lado, que la Tula de que tratan las fuentes sea la Tula de Hidalgo y, por otro, que se diga que eso que los mismos textos señalan como una característica de los habitantes de Tula no corresponda a la Tula de Hidalgo, sino a Teotihuacán? La pregunta es perfectamente válida y el cuestionarse sobre tal contradicción nos ha de conducir a enfocar el problema bajo un nuevo punto de vista que lo explique en forma coherente.

Por lo pronto anotemos que la explicación cabal que de cuenta de esta contradicción es la que está faltando. Laurette Séjourné, por ejemplo, reconoce que la Tula de Hidalgo está plenamente identificada por Jiménez Moreno como la ciudad donde habitaron los toltecas, pero no acepta que ese centro pueda ser la ciudad principal de los toltecas, la cuna de la *Toltecáyotl*. Afirma entonces que el origen de la *Toltecáyotl* y la urbe principal de los toltecas es Teotihuacán. Tenemos así que la cronología aceptada para los toltecas —siglos x a xi— se remonta a un pasado tan antiguo como es el principio de nuestra era. Según esta teoría fueron también los toltecas los creadores de la gran cultura que floreció en Teotihuacán entre los siglos i a vii d. C. Como vemos, tales hipótesis, en lugar de aclarar el problema Tula-Teotihuacán-los Toltecas, lo complican de una manera desmesurada.

Otro intento de explicación, apenas abocetado, es el que sugiere el doctor León-Portilla cuando nos dice que quizá las referencias de los aztecas al pasado glorioso de los toltecas, significan, más bien, que los aztecas se hacen solidarios “de una especie de leyenda o mito cultural” que refiere a una “edad dorada” de los toltecas. Esta sugerencia parece bastante atinada, sólo que falta determinar cómo es que nace precisamente esta leyenda entre los mismos toltecas. En la

última parte de este trabajo presentaremos nuestra opinión al respecto, por ahora basta con señalar que las soluciones apuntadas no logran conciliar las contradicciones ni mucho menos aclarar de una manera definitiva el problema. Pasemos ahora a examinar el problema del mito de Quetzalcóatl, íntimamente relacionado con el de Teotihuacán-Tula-la *Toltecdyotl*.

III. *Teotihuacán, Tula, la Serpiente Emplumada y Quetzalcóatl*

Decíamos arriba que otra de las proposiciones interesantes que se encuentra en los trabajos de Séjourné es la referente a Quetzalcóatl. Y esto sobre todo por la manera como la citada investigadora enfoca el mito y la personalidad de Quetzalcóatl: relacionándolos con Teotihuacán y Tula. Dice al respecto Séjourné:

Otro punto que impide la identificación de la *Tula* de Hidalgo con la más prestigiosa metrópoli del centro de México, es la que concierne a Quetzalcóatl, dios que reveló a los toltecas las ciencias y las artes, que hizo de ellos el más civilizado de los pueblos.²³

Y adelante agrega:

Es verdad que existe en la historia del siglo x un sacerdote de *Quetzalcóatl* que parece haber desempeñado un papel importante en el nacimiento de *Tula*, pero resulta difícil en verdad confundirlo con el creador de una vasta cultura, como ocurriría si consideráramos a esta ciudad como la capital de los toltecas.²⁴

Ante tamañas aseveraciones resulta imprescindible examinar aquí cuál es el mecanismo subyacente en las ideas de Séjourné; mecanismo que la conduce después a externar una serie de personalísimos planteamientos y teorías que culminan con su no menos famoso y singular universo quetzalcoatliano. Y lo primero que se observa en los desarrollos de Séjourné es *la identificación absoluta de la figura y leyenda de Quetzalcóatl con los toltecas*. Esta identificación, que es el punto de apoyo clave de toda su teoría, la fundamenta principalmente en Sahagún. Dice Sahagún:

Quetzalcóatl fue estimado y tenido por dios y lo adoraban de tiempo antiguo en *Tulla*, y tenía un *cu* muy alto con muchas gradas... y los vasallos que tenía eran todos oficiales de artes mecánicas y diestros para labrar las piedras verdes, que se llaman *chalchihuites*, y también para fundir plata y hacer otras cosas, y estas artes todas hubieron origen del dicho *Quetzalcóatl*.²⁵

La casa u oratorio del dicho *Quetzalcóatl* estaba en medio de un río grande que pasa por allí, por el pueblo de *Tulla*...

Tenían asimismo mucha experiencia y conocimiento los dichos *toltecas*, que sabían y conocían las calidades y virtudes de las hierbas... y por la gran experiencia que tenían de ellas dejaron señaladas y conocidas las que ahora se usan para curar, porque también eran médicos...²⁶

Eran tan hábiles en la Astrología Natural los dichos Toltecas que ellos fueron los primeros que tuvieron cuenta, y la compusieron de los días que tiene el año, y las noches, y sus horas...²⁷

Y estos dichos *toltecas* eran buenos hombres y allegados a la virtud, porque no decían mentiras...

Adoraban a un sólo señor que tenían por dios, el cual llamaban *Quetzalcóatl*, cuyo sacerdote tenía el mismo nombre que también le llamaban *Quetzalcóatl*, el cual era muy devoto y aficionado a las cosas de su señor y dios, y por esto era tenido en mucho entre ellos y así lo que les mandaba lo hacían y cumplían y no excedían de ello; y les solía decir muchas veces que había un solo señor y dios que se decía *Quetzalcóatl*, y que no quería más que culebras y mariposas que le ofreciesen y diesen en sacrificio; y como los dichos *toltecas* en todo le creían y obedecían no eran menos aficionados a las cosas divinas que a su sacerdote, y muy temerosos de su dios.²⁸

Con tales testimonios y apoyándose en la gran autoridad de que goza Sahagún, elabora Séjourné sus peculiares teorías acerca de la personalidad de *Quetzalcóatl* y lo que llama la doctrina quetzalcoatlíana. Con las ideas que recoge de Sahagún y le confirman otras fuentes examina los testimonios arqueológicos esforzándose por interpretarlos en consonancia a esas ideas preconcebidas. Sin embargo, no nos toca examinar eso aquí, sino exclusivamente lo que dice esta autora sobre el problema Teotihuacán-Tula-*Quetzalcóatl*. De lo arriba citado de Sahagún, deduce Séjourné una identificación absoluta entre Tula y *Quetzalcóatl*; de tal modo que, al no encontrarse en las exploraciones realizadas en Tula "ninguna

figuración importante" de Quetzalcóatl (excepto la efigie de *Topiltzin* sobre una roca y fuera del centro ceremonial, Fig. 1), y por el hecho de que las manifestaciones de esa deidad en Tula son escasas y burdas, concluye que no es posible pensar en identificar las ruinas del Estado de Hidalgo con la ciudad de Quetzalcóatl.

Séjourné, que considera íntimamente asociado a Quetzalcóatl con los toltecas, al no descubrir la supuesta preeminencia que esa deidad debería haber tenido en Tula, da el segundo paso en el proceso que la lleva a declarar a Teotihuacán la ciudad de Quetzalcóatl. En efecto, *la identidad entre Quetzalcóatl y Tula la conducen a afirmar que ello "indica que este dios y este pueblo ilustres debieron gozar de una larga existencia antes de esta Tula (la de Hidalgo), y que los hechos y las gestas que las fuentes les atribuyen no pueden en ningún modo situarse todos en el siglo x".*²⁹

De ahora en adelante Séjourné no se dará punto de reposo en su intento por demostrar que, en efecto, existe una ciudad en Mesoamérica en la cual *predominan* las representaciones de la deidad Quetzalcóatl y que es a la vez la única gran metrópoli a la altura de la fama y prestigio que las fuentes le atribuyen a los toltecas. Esta ciudad, cuna de Quetzalcóatl y origen de la *Toltecáyotl* es Teotihuacán. El segundo ensayo de esta autora que aparece en 1954 se titula, consecuentemente, *Teotihuacán, la ciudad de Quetzalcóatl*. Ahí expresa Séjourné que:

Entre los medios disponibles para identificar esta capital lejana (la de Quetzalcóatl), el más elocuente es, evidentemente, el que consiste en localizar la representación de la figura de Quetzalcóatl en esa ciudad en la cual debe, con toda verosimilitud, haber quedado una fuerte impronta.

Esa impronta la localiza inmediatamente Séjourné:

Bien sea en la arquitectura, en la pintura que cubre los templos y los palacios, o en la decoración de la cerámica, *la serpiente emplumada es en Teotihuacán la figura más ampliamente representada*. Siendo Teotihuacán sin lugar a dudas el primero en fecha de todos los centros donde aparece la serpiente con plu-

mas, se confirma de este modo que es únicamente de ese lugar que puede ser originario el Quetzalcóatl creador de los mitos que alimentaron a toda Mesoamérica.³⁰

En el párrafo arriba citado encontramos el tercer paso, fundamental, que lleva a Séjourné a crear su propio mito de Quetzalcóatl. Observemos que un momento antes Séjourné se preguntaba por la ciudad cuna de *Quetzalcóatl* y ahora nos dice que “la *serpiente emplumada* es en Teotihuacán la figura más ampliamente representada”. Es decir que *al no hallar en Teotihuacán a Quetzalcóatl sino a la Serpiente Emplumada, identifica a ésta con Quetzalcóatl*, como si una y otra entidad fueran exactamente lo mismo.

Con tal procedimiento y merced a ese manejo de las fuentes y de los testimonios, Séjourné ha desviado el problema del origen de la *Toltecáyotl* hacia el problema del origen y patria de Quetzalcóatl. Claro es que nuestra autora no se propuso analizar a fondo el origen de la *Toltecáyotl*, porque en primer lugar no era ese motivo esencial de su preocupación. Sin embargo, lo cierto es que al hacer ver con claridad que lo que se declaraba en los textos sobre los toltecas no se ajustaba en ningún modo a lo descubierto en Tula, pudo entonces Séjourné descartar también a Tula como la patria de Quetzalcóatl y afirmar poco después que Teotihuacán era la verdadera patria de Quetzalcóatl, o sea la primera y auténtica Tula: La ciudad que por su arquitectura y belleza tendría que ser forzosamente la cuna de Quetzalcóatl; en tan magnífica ciudad tenía que existir, sin duda alguna, *la más amplia representación de la deidad Quetzalcóatl*, además de otras características que acompañan a esa deidad y que expresamente mencionan los textos.

Cabe entonces preguntarse ¿Encuétrase en Teotihuacán ese personaje de que hablan los textos y los cronistas? ¿Están allí plenamente manifiestos la personalidad del dios y la del sacerdote igualmente llamado Quetzalcóatl? ¿Permiten los restos de esa gran urbe afirmar que la deidad *principal, predominante* de ese centro es Quetzalcóatl? A contestar afirmativa o negativamente estas preguntas pasamos de inmediato.

El examen detenido del gran centro teotihuacano nos

conduce a afirmaciones completamente opuestas a las que sustenta Séjourné respecto a la existencia del personaje Quetzalcóatl en Teotihuacán. Ni el estudio de las pinturas, ni el examen de los restos arqueológicos de esa urbe³¹ nos suministran prueba alguna que atestigüe la presencia en esa metrópoli del Quetzalcóatl mítico de que hablan las fuentes de los siglos xv y xvi. En Teotihuacán no nos encontramos con Ce Acatl Topiltzin ni tampoco con el gran sacerdote Quetzalcóatl, sino con la Serpiente Emplumada (Fig. 1). En efecto, la estructura central de la mal llamada "Ciudadela" nos coloca frente a la representación más temprana conocida de la Serpiente Emplumada (Teotihuacán II, 100 a 250 d. C.)³² Durante esta época, la simbólica de la Serpiente Emplumada y el lugar especialísimo que se designó para su representación, nos están indicando que la Serpiente Emplumada ocupaba un lugar relevante en el panteón teotihuacano.

Los elementos que componen la simbólica de la Serpiente Emplumada hablan bien claro sobre el carácter y desarrollo de la civilización teotihuacana en la fase II. El elemento serpiente simboliza el poder reproductor de la tierra y el agua que, al conjugarse, producen la renovación vegetal: las plumas verdes del quetzal. Las plumas verdes del quetzal, como el *chalchihuitl*, la piedra verde de la vida, son los símbolos de la regeneración vegetal, del florecimiento, de la vida. La Serpiente Emplumada simboliza, en suma, la dualidad esencial que al conjugarse produce el fruto precioso: la germinación de las plantas. Así, pues, pensamos, la Serpiente Emplumada en Teotihuacán II refiere a los poderes creativos de la naturaleza, al agua y a la tierra, a la renovación vegetal y, en un sentido último, a la vida. Una buena cosecha, la germinación de las plantas, significaba exactamente eso para los teotihuacanos: la vida. En esta época temprana de la cultura teotihuacana la Serpiente Emplumada expresa, de manera simple y maravillosa, la preocupación fundamental de un pueblo esencialmente agrícola y el alto grado de especulación teológica alcanzado por el sacerdocio.

De manera que no es el gran sacerdote Quetzalcóatl ni tampoco el héroe-dios Ce Acatl Topiltzin, ni el mito del si-

glo xv o xvi al que hallamos en Teotihuacán, sino a la Serpiente Emplumada, una deidad agrícola que nada tiene que ver con la llamada religión de Quetzalcóatl, ni mucho menos está relacionada con la fabulosa leyenda del personaje Quetzalcóatl. Así pues, resulta extremadamente difícil aceptar la afirmación de Séjourné sobre que Teotihuacán “está enteramente consagrado a la exaltación del mensaje quetzalcoatlano”.³³ Es más, el predominio de la Serpiente Emplumada como deidad importante de Teotihuacán es bien breve. En efecto, al finalizar la fase II e iniciarse la III (250 a 700 d. C. aproximadamente), el Templo de la Serpiente Emplumada es parcialmente destruido y cubierto por una nueva estructura decorada con tableros y pintura solamente. A partir de este momento, a la vez que se observa una decadencia de la escultura y un auge de la pintura, la figura de la Serpiente Emplumada decrece en importancia para dar paso a la deidad *cuyas representaciones son más abundantes y significativas en Teotihuacán: Tláloc*. Ciertamente, después de Teotihuacán II la deidad principal de esa urbe no es ya la Serpiente Emplumada, sino Tláloc. La constante y preeminente figura de este dios en la metrópoli por excelencia absorbe y empequeñece a la ahora menos frecuente de la Serpiente Emplumada, que aparece de aquí en adelante ocupando una posición secundaria, subordinada, en relación al nuevo dios Tláloc. La tercera época de Teotihuacán puede decirse que marca la apoteosis de Tláloc. (Fig. 2).

Al contrario de Armillas,³⁴ que considera a la Serpiente Emplumada como un desarrollo de Tláloc, nosotros pensamos que Tláloc es un desdoblamiento o derivación de la Serpiente Emplumada. Ello lo fundamentamos, primero: en el desarrollo cronológico de ambas deidades. Hasta la fecha, no se ha encontrado un Tláloc anterior a la época II con las características simbólicas que esa deidad muestra en la época III, en cambio si encontramos en la fase II a la Serpiente Emplumada completamente desarrollada y en su período de esplendor. Segundo: el hieratismo y la complejidad simbólica que ostenta la figura de Tláloc es claramente el resultado de una época posterior a la fase II, en la cual la espe-

culación y la abstracción teológica han alcanzado un nivel muy alto. Tercero: Tláloc conserva en su simbólica los elementos esenciales de la Serpiente Emplumada (la serpiente y el quetzal), y además contiene un elemento nuevo, desconocido en las primeras fases de Teotihuacán: el jaguar; elemento que nosotros pensamos es introducido por un grupo olmeca hacia los finales de la época II o principios de la III.

En resumen, todos los hechos y datos arriba apuntados nos demuestran, primero: la inexistencia del personaje Quetzalcóatl en Teotihuacán. Segundo: que ni siquiera la Serpiente Emplumada es la deidad más importante de Teotihuacán, sino el dios Tláloc. Así pues, la prueba más contundente que aporta Séjourné como testimonio probatorio de la existencia de Quetzalcóatl en Teotihuacán: un vaso en que se ve una cabeza de serpiente emplumada y a un barbado³⁵ (Fig. 2), parece realmente deleznable. Pues, con palabras de la misma Séjourné, resulta verdaderamente difícil pensar que siendo Teotihuacán la ciudad de Quetzalcóatl, sólo se haya podido encontrar un solitario vaso, entre miles de vasijas y restos de cerámica que atestigüe la presencia del rey-personaje histórico-héroe-dios en la ciudad de los dioses.

Examinada esta contradicción entre el personaje Quetzalcóatl y Teotihuacán, resta por aclarar por qué, al hablarse del origen de la *Toltecáyotl*, se relaciona a ésta con los toltecas pero no con su capital de Tula, Hidalgo, sino con Teotihuacán. El estudio de algunos aspectos de la época tolteca, a su vez, nos aclarará también, al mismo tiempo que el problema de la *Toltecáyotl*, el de Quetzalcóatl.

IV. *Los toltecas, Quetzalcóatl y la Toltecáyotl*

En los albores del siglo X una horda semibárbara irrumpe violentamente en el Valle de México dominando y sometiendo pueblos: son los toltecas, encabezados por su gran jefe Mixcóatl. En pocos años estos temibles guerreros conquistan todo el Valle y se establecen en Culhuacán.

Los toltecas representan la entrada del grupo de los guerreros en el Altiplano, señoreado antes por teocracias que

ejercían su dominio a través de un complicado aparato religioso. En lo general los toltecas significan un nuevo orden político, social, cultural y religioso. De ahora en adelante y hasta la conquista, la expansión de estos pueblos descansará en una política militarista, cuyo sostén es la clase de los guerreros. Con ellos nacerá un tipo de gobierno militarista y opresivo para con los pueblos dominados.

La jerarquía social estará condicionada por el número de prisioneros que un guerrero obtenga en la batalla y el más alto honor para un hombre será el morir en el campo de pelea. Tales son ahora los títulos de nobleza. Esta estructura socio-política, militar e imperialista, influirá enormemente en la cultura y en la religión. La religión, por ejemplo, adquiere un carácter nuevo, místico-providencialista, que antes se desconocía. Será además un instrumento político indispensable a la expansión de estos pueblos seminómadas que se encuentran con sociedades que poseen una tradición religiosa profundamente arraigada. En el arte, estos pueblos preferirán las expresiones grandilocuentes, ostentosas y agresivas que manifiestan al mismo tiempo que su poder conquistador, el deseo de imponerse a los resabios culturales del pasado clásico. (Véase la lám. III).

El principal obstáculo que los pueblos del valle oponen a la penetración del grupo conquistador es su cultura y su religión; especialmente ésta última, que es una religión enraizada en una tradición milenaria, refinada y compleja, que ha producido deidades y símbolos que se extienden por toda Mesoamérica. Por ello los toltecas, como los aztecas después, concentrarán un gran esfuerzo en este aspecto, buscando adecuar ideológicamente la vieja tradición religiosa a sus toscas deidades e intereses místico-providencialistas.

Por otro lado, aun cuando los grandes centros ceremoniales en donde floreció la cultura clásica se encuentran en ruinas y deshabitados por este tiempo, existe sin embargo una continuación cultural de esos centros en las personas de los hombres que hicieron posible el surgimiento y floración de Cholula, Tajín Xochicalco, etc. A través de estos centros, de las sectas sacerdotales y de la tradición oral y escrita, la an-

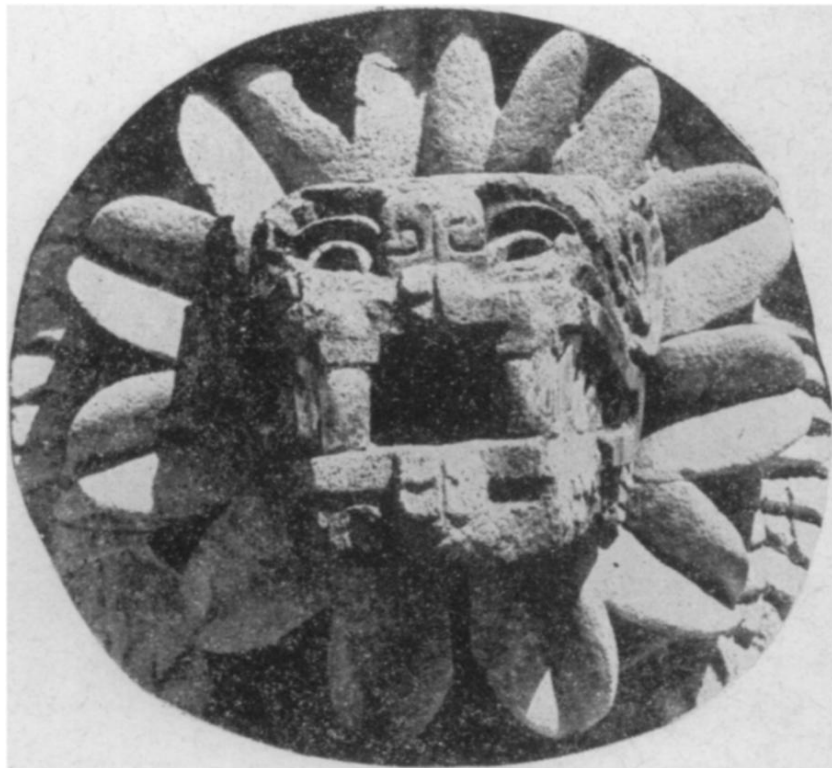
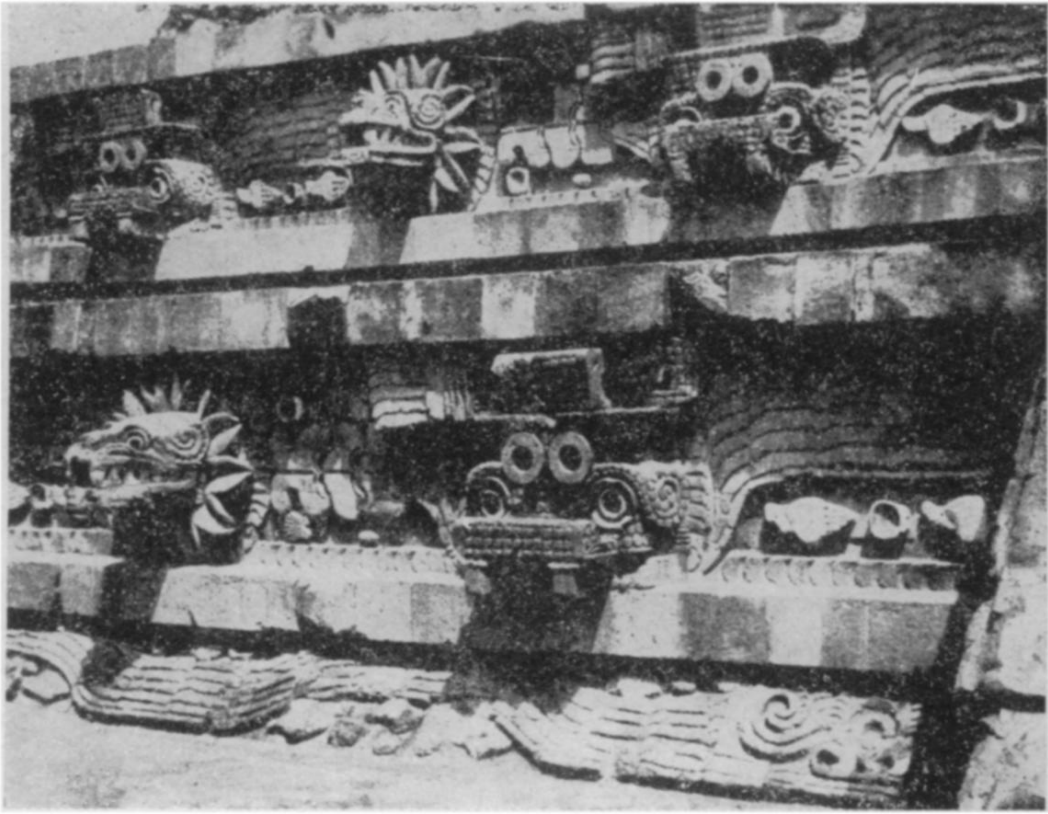
tigua cultura pasa a la época histórica y constituye el fondo y la base cultural sobre la cual se levantan las sociedades Tolteca, Texcocana y Azteca. No de otra manera se explica la extraordinaria rapidez y el tiempo brevísimo que estos pueblos emplearon para edificar sociedades tan complejas y ricas como la Azteca y aún la misma Tolteca.

Precisamente porque las tribus invasoras del norte no se encontraron con un territorio deshabitado, es por lo que se entiende que sus primeros asentamientos en la región central, más que choques de tipo militar, sean verdaderos enfrentamientos entre diversas culturas y concepciones.

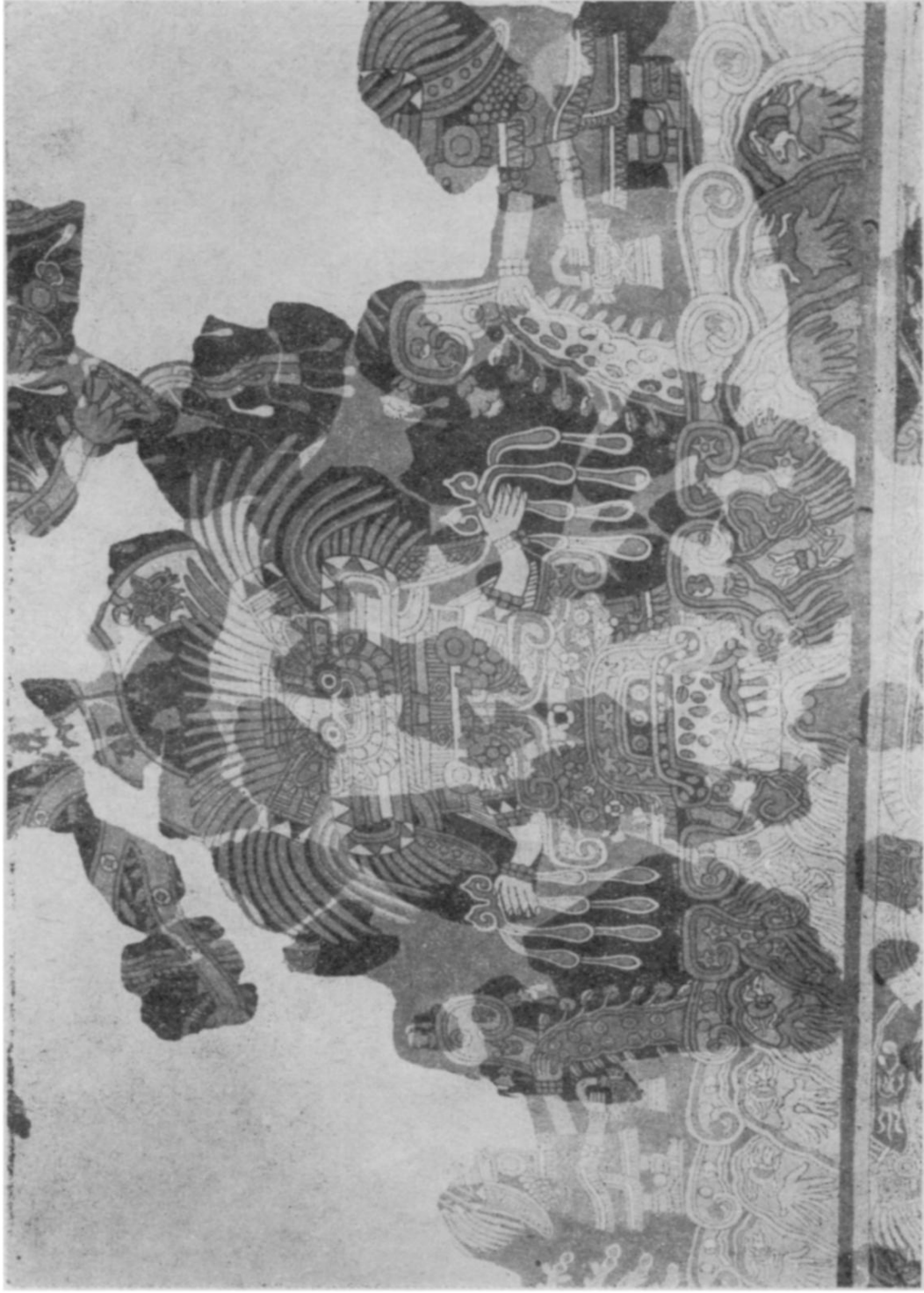
En lo que se refiere al México central, descendientes culturales de la civilización teotihuacana manifiestan su presencia en Atzacapotzalco y en el occidente. Otro grupo de esta antigua población teotihuacana se dirige al sureste, como lo atestigua la estela de Copán, que muestra a un personaje con el rostro de Tláloc y tiene en sus sandalias glifos teotihuacanos; otro grupo teotihuacano permanece en el México central, son los conocidos después con el nombre de nonoalcas.³⁶

Los nonoalcas están destinados a jugar un papel sumamente importante en Tula. En relación a este grupo dice la *Historia Tolteca-Chichimeca* que “por el año 1 *Tecpatl* llegaron a Tollan (Tula), viniendo del cerro de Collhuaca, los tolteca-chichimecas... y los nonoalca-chichimecas”.³⁷ Al parecer estos nonoalca o nonoualca eran un grupo no nahua, que “entre otras cosas se distinguían por su especial devoción al dios Quetzalcóatl y por una manera peculiar de raparse el pelo. Y es también sabido que un príncipe nonoalca llamado *Timal*, que fue derrotado en 1290, llama padre suyo a la mariposa blanca de Tonatiuhcan, en referencia conectada con Teotihuacán III”. Estos nonoalca de Tula parecen, pues, haber sido sobrevivientes de la antigua población de cultura teotihuacana”.³⁸

Al tratar de los orígenes de Tula, las fuentes históricas nos presentan a un personaje, Mixcóatl, como el caudillo de los toltecas invasores. En sus correrías por el Estado de Morelos, Mixcóatl se encuentra con la legendaria Chimalma



LÁM. I. La Serpiente Emplumada. Teotihuacán



Lám. II. El Tláloc de Tepantitla



FIG. 1. Representación de Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, esculpida en la roca del cerro de la Malinche, en Tula.



FIG. 2. Personaje barbado y cabeza de Serpiente. El señor Quetzalcóatl, según Séjourné. (Pintura en un vaso de Zacuala).



LÁM. III. Colosos de piedra, Tula.

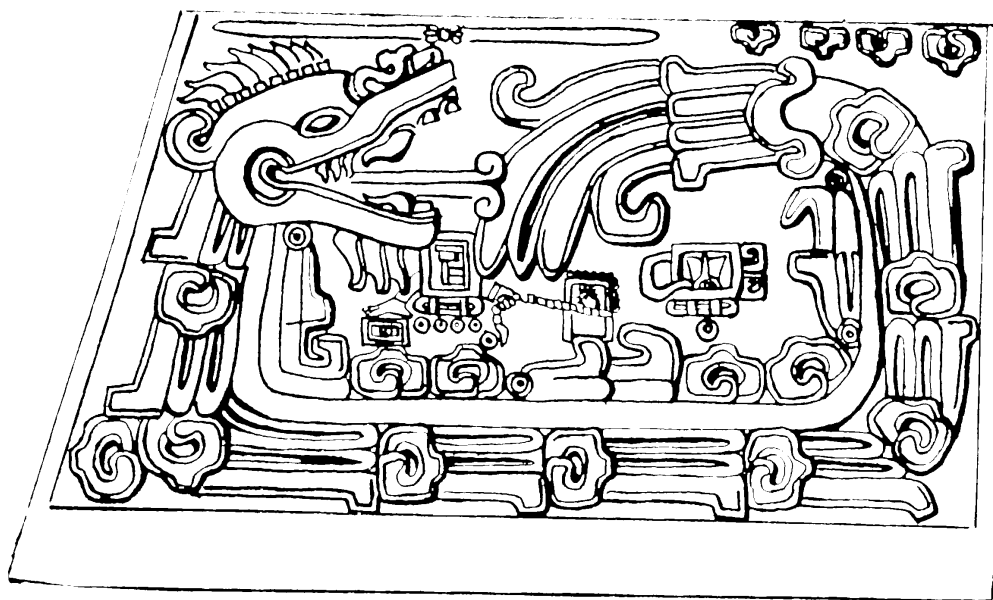


FIG. 3. La Serpiente Emplumada en Xochicalco.

y engendra un hijo con ella. Éste es Ce Acatl Topiltzin, quien parece que nace en Michatlauco (la Barranca de los Peces), un lugar cerca de Xochicalco. Su madre muere en el parto y el niño es educado por sus abuelos en dicho sitio. Ahí aprende no la religión de los toltecas, sino la que se profesaba en Xochicalco (Lám. IV). Su niñez transcurre en las cercanías de ese centro, se familiariza con los usos y costumbres que ahí se estilan y cuando después regresa a Tula, no es un tolteca sino un hombre cuya formación y concepciones religiosas discrepan radicalmente de los toltecas. Tal cosa se manifiesta de inmediato cuando, a la muerte de su padre, es llamado a ocupar el trono usurpado por el asesino de Mixcóatl: apenas asciende Topiltzin a la categoría de gobernante se suscitan en Tula una serie de pugnas entre dos grupos: uno —el grupo tolteca— en contra de las medidas que pretende instaurar Topiltzin, y otro —seguramente el de los nonoalcas— que lo apoyan.

Sahagún, entre otras fuentes, nos habla ampliamente sobre la pugna que tiene lugar en Tula inmediatamente después de la fundación de esta ciudad. La interpretación general de los historiadores acerca de tales acontecimientos es, a grandes rasgos, la siguiente: nos dicen que al ocupar el trono de Tula, Ce Acatl Topiltzin intentó instaurar el culto en que había sido educado, encontrando por ello gran oposición entre los adoradores de Tezcatlipoca, es decir de parte de los toltecas. Por esta razón algunos historiadores han visto en los sucesos de Tula una lucha entre un grupo sacerdotal y otro militarista, mientras que otros interpretan esos acontecimientos como una pugna entre dos grupos religiosos antagónicos que expresan ideales de vida diferentes.

Los puntos de vista arriba citados encuentran fundamento en textos como el siguiente, que se halla en los *Anales de Cuauhtitlán*:

Cuando [Quetzalcóatl-Topiltzin] no los obedeció en cuanto a hacer sacrificios humanos, se concentraron los demonios. Los que se nombraban Tezcatlipoca, Ihuihucatl y Toltécatl dijeron: “es preciso que deje su pueblo, donde nosotros hemos de vivir.”

Como vemos el texto es bastante explícito: además de la pugna religiosa se encuentran involucrados aquí intereses más concretos y terrenales. Los tres dioses mencionados parecen representar más bien los intereses de tres de las tribus tolteca-chichimeca que al llegar al Valle de México se encuentran con pobladores que tienen una cultura mucho más desarrollada y, sobre todo, que no están dispuestos a dejarles el campo libre. Durante el reinado de Ce Acatl Topiltzin las diferencias entre ambos grupos llegan a su punto máximo y hay una serie de choques que las fuentes nos narran en forma metafórica: Topiltzin-Quetzalcóatl, rey y sumo sacerdote a quien apoyan los nonoalcas, es engañado por el gran nigromántico Tezcatlipoca, quien lo emborracha y le hace olvidar sus deberes religiosos. En la embriaguez, Quetzalcóatl comete pecado sexual, olvida sus obligaciones sacerdotales y por esta causa se ve obligado a dejar Tula en medio de grandes lamentaciones. *La Historia Tolteca-Chichimeca* afirma que cuando salen los nonoalca de Tula son ellos los que guardan las riquezas y bienes de Quetzalcóatl (párrafo 32).

Infortunadamente, las fuentes al narrar los acontecimientos de que ahora nos ocupamos, muestran grandes discrepancias, contradicciones y omisiones que hacen extremadamente difícil el estudio de estos hechos.³⁹ Y ello se debe, fundamentalmente, a que estas fuentes nos transmiten el testimonio de los toltecas y aztecas, es decir nos dan la historia que los vencedores fabricaron, y no la de los vencidos nonoalcas. Así pues, para mirar con mayor claridad a través de esta cortina histórica manufacturada por los vencedores, es necesario atacar el asunto desde diversos puntos de vista.

Por lo pronto veamos que el examen anterior nos ha proporcionado elementos que nos obligan a examinar con mayor detenimiento el papel que juegan los nonoalcas en Tula. Por otro lado, los aspectos religiosos que distinguen a la doctrina de Quetzalcóatl, radicalmente opuestos a las concepciones toltecas, parecen haberse originado en Xochicalco. Este hecho y la educación de Ce Acatl Topiltzin en las cercanías de ese centro, requieren un examen más atento,

antes de que pasemos a estudiar el problema relativo a la *Toltecáyotl*.

A) *La religión de Quetzalcóatl*.

Creemos que el estudio de los textos que se refieren a los acontecimientos de Tula, y en especial de los que hablan de la religión de Quetzalcóatl, nos permiten ver con claridad que la doctrina religiosa que este personaje encarna es una *doctrina nueva* en el Valle de México, que no parece tener relación espiritual con otras anteriores. Limitados por el espacio, vamos a destacar en seguida algunos de los puntos importantes en que basamos nuestro aserto.

El ideal religioso de la doctrina de Quetzalcóatl se expresa con claridad en la cita siguiente:

Cuando [Quetzalcóatl-Topiltzin] vivía, no se mostraba públicamente: estaba dentro de un aposeno muy oscuro y custodiado; le custodiaban sus pajes en muchas partes, que cerraban; su aposento era el último, y en cada uno estaban sus pajes... Está dicho que edificó sus cuatro casas de ayuno. Se refiere que, cuando vivía Quetzalcóatl, reiteradamente quisieron engañarle los demonios, para que hiciera sacrificios humanos, matando hombres. Pero él nunca quiso ni condescendió, porque amaba mucho a sus vasallos, que eran los toltecas, sino que su sacrificio era siempre de culebras, aves y mariposas que mataba. Se cuenta que por eso enfadó a los demonios, que comenzaron a escarnecerle cuando le dijeron lo que querían, para molestarle y hacerle huir, como en efecto sucedió.⁴⁰

El ideal religioso que transparenta esta cita nos pone frente a una concepción religiosa singular en Mesoamérica. Lo es tanto por su contenido espiritual como por su aspecto formal. En primer lugar el sacerdote aparece aquí casi como un asceta. Es un hombre recluso, retirado del mundo, atento únicamente al cumplimiento de sus deberes religiosos.

A su vez, la religión revela un estadio espiritual elevado y humanista por cuanto que repetidamente condena los sacrificios humanos y predica principios de cultura y de civilización.

Formalmente esta concepción religiosa sólo exige la ofrenda de culebras, aves y mariposas y la observancia, en el caso de los sacerdotes, de autocastigos y severas disciplinas. Por otra parte, es curioso constatar que la representación de Topiltzin-Quetzalcóatl esculpida en el cerro de la Malinche —al parecer la única que disponemos de esta época—, aun cuando acompañada de una Serpiente Emplumada, no parece referir a las fuerzas reproductivas que esta entidad simboliza en tiempos anteriores. El símbolo Serpiente Emplumada es más bien un emblema que alude a una época mítica e incierta. Las fuentes escritas, que en este sentido son sumamente vagas, tampoco nos proporcionan datos que confirmen en Quetzalcóatl una relación con las fuerzas naturales, al menos no las que tratan sobre el personaje de Tula.

Semejante concepción religiosa no tiene antecedentes concretos definidos en Mesoamérica. Puede alegarse sí, que ciertos elementos como la idea o el símbolo del sacrificio y otros procedimientos rituales están contenidos en las religiones clásicas, pero a diferencia de la religión de Quetzalcóatl, tales elementos están conectados con un tipo de religión naturalista, concreta y material. Es más, si relacionamos la religión de Quetzalcóatl con la religión de la época clásica, percibimos de inmediato un doble contraste entre ambas concepciones: por un lado el contenido espiritual de una choca abiertamente con el naturalismo práctico de las religiones clásicas, que nunca se elevan más allá de un culto a deidades zoomorfas más o menos esotérico. Por otro lado, en el aspecto formal, el contraste entre el acentuado ascetismo que exige la religión de Quetzalcóatl y la fastuosidad y regalo en que viven los sacerdotes teotihuacanos, para citar un caso concreto, es notable.

Y aun cuando en esta etapa —antes de la deificación de Quetzalcóatl— el contenido de la concepción religiosa es vago e incierto, es posible encontrar en los ideales de cultura y civilización que pregona un clima espiritual que sólo aflora en determinadas épocas de la historia.

Observemos primero que la religión de Quetzalcóatl sig-

nifica un cambio radical en el progreso religioso que venía observándose en Mesoamérica. A primera vista se percibe que esta religión no es ni la continuación ni el resultado de un progreso religioso anterior. En seguida se observa, además, que el clima espiritual que denota es nuevo, distinto. Todo ello nos hace ver que las causas que hicieron posible su nacimiento son bien distintas de las que crearon y desarrollaron las concepciones religiosas anteriores. El hecho de que esta concepción aparezca separada del antiguo pensamiento religioso característico de Mesoamérica y el que pregone una nueva conducta de vida, nos empuja a ubicarla en el momento en que la historia de Mesoamérica refleja un mundo espiritual semejante: el Epiclásico.

En este tiempo, Mesoamérica entera padece una crisis total. Los viejos dioses han abandonado a los hombres. Los palacios, los templos, los campos, las cosechas todo se ha perdido. Los hombres vagan ahora por la tierra sin frutos robando y matando para comer, sembrando odio y destrucción. Las viejas costumbres, las leyes y usos antiguos se han roto y ya no protegen al hombre. Las guerras y calamidades se suceden y la paz, la tranquilidad, el esplendor y sabiduría pasados no vuelven. El hombre se pregunta si los dioses lo han olvidado, si el pecado que provocó tal desastre es tan grande que no puede ser perdonado.

Indudablemente es en este tiempo de destrucción y de guerra donde nace con tremenda fuerza la idea de pecado y la idea de una vida virtuosa basada en el autosacrificio y severas disciplinas. La idea de que la reconquista del mundo perdido sólo se obtendrá a través de una vida virtuosa; la idea de que la catástrofe que hundió al mundo antiguo fue consecuencia del pecado de los hombres. Parejamente a estas ideas, es natural que cobre vida, en este tiempo la idea de una *Edad Dorada*. El mundo antiguo perdido adquiere a cada nuevo día que pasa la forma de una edad dorada, feliz, en la que todos los hombres eran dichosos y disfrutaban de todos los bienes sin esfuerzo.

A nuestro parecer son estos los elementos que le dan vida y proyección a la doctrina de Quetzalcóatl. El ideal huma-

nista y la austeridad que pregonan sus sacerdotes expresa con claridad el clima espiritual de este tiempo. El ideal religioso y la conducta que se propone a los hombres es justamente la respuesta a una época de crisis que se intenta superar a través de una concepción religiosa que es precisamente la negación y superación ideal de ese momento. La nueva concepción religiosa se nos aparece como la respuesta lógica de una minoría sacerdotal a los excesos que provocaron la caída de las teocracias de la época clásica y, junto con ellas, la caída de toda una civilización.

Por ello, contra la vida licenciosa, la incontingencia y el incumplimiento de los deberes, se predica la austeridad, el recogimiento y el ejercicio constante de los deberes y obligaciones religiosos.

Contra la guerra y los sacrificios humanos, se postula la necesidad de una conducta ética, virtuosa.

Contra la destrucción, el despojo y la rapiña se pregona una doctrina de civilización y de cultura.

El clima espiritual que alimenta a estas ideas, como otros elementos que adelante mencionamos, nos permiten ubicar el origen de esta nueva concepción religiosa en la época que sigue al colapso de las grandes culturas. Durante este tiempo, ya lo sabemos, florece Xochicalco, centro que por estar además estrechamente conectado con Ce Acatl Topiltzin, parece ser hasta el momento el que mejores títulos presenta para asignarle la paternidad de este movimiento espiritual. (Véase la fig. 3 y la lám. IV).

Distingamos, antes de examinar otros problemas, que el movimiento espiritual que aquí tratamos de caracterizar observa dos etapas definidas. Una, inmediatamente después al colapso de la época clásica, que es simplemente una reacción a la catástrofe pasada. Las ideas que en este momento surgen están matizadas por el concepto de culpa y de pecado y proponen en consecuencia un ideal de vida exactamente contrario a aquel que provocó la ruina de un mundo antiguo. Junto a estas ideas se mezclan elementos que van construyendo el concepto de una Edad Dorada. La etapa que encarna estas ideas la podemos ubicar en el florecimiento de Xochicalco.

Posteriormente estas ideas —que asumen la forma de una realidad en los pobladores del Valle de México, descendientes de las grandes culturas clásicas—, van a incorporarse y a cobrar unidad en la figura de Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl. El personaje que al enfrentarse a los toltecas semibárbaros, reactualiza la crisis entre cultura y barbarie, proyectando en su mítica figura el mundo y los ideales de los últimos sobrevivientes de las culturas clásicas.

Pasamos ahora a examinar un último problema: el de los toltecas y la *toltecáyotl*, que ya se había planteado al iniciar este trabajo y que ahora, con los nuevos elementos de juicio de que disponemos, podrá quizás esclarecerse plenamente. Junto con él, la figura de Ce Acatl Topiltzin adquiere mayor claridad.

B) *Ce Acátl Topiltzin, los toltecas y la Toltecáyotl*

Al referirnos antes a los pobladores de Tula distinguimos dos grupos o tribus: los nonoalcas y los toltecas. El grupo nonoalca, como vimos antes, es un grupo no nahua, que Kirchhoff identifica con grupos mazateco-popolocas. Jiménez Moreno, por su parte, encuentra elementos suficientes para calificar a los nonoalca de herederos de la cultura Teotihuacana. Las características culturales que presenta este grupo, su alianza con Ce Acatl Topiltzin y su conexión con las viejas culturas, nos conduce a pensar, al contrario de lo que aseveran las fuentes, que este grupo fue el primero en poblar los sitios donde más tarde se asentaron los toltecas. Y sin duda son ellos y no los toltecas los que llevan a Tula el conocimiento de las artes mecánicas, de los oficios, de las ciencias, de la civilización en suma. Al respecto, nos dice una fuente que antes que los toltecas se establecieran en Tulanzingo, llegó un grupo, que no se identifica, “entre las cuales gentes había oficiales de todos los oficios, plateros, herreros, carpinteros y oficiales de pluma, pintores”,⁴¹ etc. Es evidente que este grupo es el de los nonoalcas, pues los toltecas apenas si eran una tribu nómada y bárbara, como se infiere del siguiente texto:

Año 10-Casa. En él murió Huactli, rey de Cuauhtitlán. Sesenta y dos años reinó. Éste es el rey que no sabía cómo se siembra el maíz comestible. Y sus vasallos no sabían cómo se hacen mantas. No tenían otro ropaje que pieles. Aun era su alimento pájaros, culebras, conejos; tampoco habitaban casas, sino que andaban sin rumbo, andaban vagando.⁴²

El antagonismo entre estos dos grupos distintos lo apuntan las fuentes desde el momento en que se traslada la capital a Tula. Y, curiosamente, se dice —*Historia Tolteca-Chichimeca*— que los nonoalcas son los colonos de los toltecas, lo cual ha de interpretarse a la inversa. En nuestra opinión, el grupo nonoalca si no era un grupo numeroso sí poseía en cambio una gran influencia de tipo intelectual. Sus conocimientos agrícolas, artesanales, científicos y astronómicos les aseguraban una posición privilegiada frente a los toltecas. Es precisamente la conciencia de su valía la que los lleva a luchar contra la mayoría tolteca con objeto de regir el gobierno y la vida toda de Tula. A pesar de su inferioridad numérica, la conciencia de su superioridad intelectual los conduce a desear el dominio político y en ese momento la lucha se plantea con toda intensidad.

Pensamos que a la muerte de Mixcóatl es el pueblo nonoalca el que representa al grupo legitimista de que nos hablan los historiadores; son ellos los que instan y apoyan a Ce Acatl Topiltzin para que ocupe el trono usurpado que legítimamente le corresponde, ya que estos nonoalcas conocen sin duda el hecho de que Topiltzin había sido educado en el culto nuevo que se profesa en Xochicalco.⁴³

De modo que la presencia de Ce Acatl Topiltzin, tolteca educado en la nueva religión, les brinda a los nonoalcas una oportunidad inmejorable para llevar a cabo sus propósitos. A su vez, la identificación de los intereses que defienden los nonoalcas con la persona de Topiltzin va a tener, poco tiempo después, una importancia enorme. Topiltzin no será únicamente el rey-sacerdote que trata de imponer un nuevo culto entre los bárbaros toltecas, sino que además su figura toda resumirá los ideales e intereses que representa el pueblo nonoalca.

Cuando Topiltzin sube al poder, después de un período de guerras y luchas, es posible que lo haga en calidad de rey-sacerdote, reanudando así la antigua tradición y esforzándose por imponer el culto nuevo en que fue educado, que no es tanto un culto como una concepción del mundo y de la vida esencialmente diferente a la del pueblo tolteca. Naturalmente, la instauración de esta doctrina, que además de suponer el dominio de los nonoalcas postula un ideal pacifista, tuvo que chocar violentamente con los intereses del grupo tolteca, que veía limitarse sus posibilidades de expansión a través de la guerra.

Así pues, la contienda entre los llamados adoradores de Quetzalcóatl y de Tezcatlipoca se nos revela como una pugna entre diferentes grupos que persiguen el dominio del estado Tulense. Y en el caso concreto de la lucha de Ce Acatl Topiltzin y los nonoalcas contra los toltecas, la composición socio-cultural de los antagonistas nos muestra el momento justo en que las tribus del norte se sienten lo suficientemente fuertes como para tratar de imponerse a los descendientes de las grandes culturas anteriores, que se resisten a ser dominados.

Entre los nonoalcas, además de los elementos religiosos que les llegan a través de Xochicalco, existe también, indudablemente, una conciencia vaga de lo que fue su pasado. El hecho de que fueran ellos los civilizadores del grupo tolteca nos indica que además de artífices y excelentes artesanos, había entre ellos sacerdotes y sabios que conservaban parte de los conocimientos que le dieron lustre al período clásico. El pasado espléndido que atestiguaban los monumentos ruinosos de las grandes urbes clásicas, remoto y difuso, vivía en este grupo en forma legendaria y fabulosa, enriquecido por el paso de los años, como una Edad de Oro que los hombres perdieron por el pecado y el desapego a los dioses. En ese mundo feliz y dichoso, en esa urbe majestuosa que sólo gigantes pudieron construir —Teotihuacán—, tuvieron origen los dioses, las artes, la ciencia, la escritura. Todo ello, ya alejado y nebuloso por el correr de los años, se resumió en la concepción religiosa representada por Quetzalcóatl, que de

este modo devino el símbolo que recogía todo ese pasado fabuloso y lo proyectaba más o menos acertadamente al presente de Tula.

La conciencia entre los nonoalcas de ser los herederos y transmisores de ese pasado glorioso, el hecho de que fueron ellos y no los toltecas los que impulsaron el desarrollo de la cultura tolteca, son dos razones demasiado poderosas para obligarlos a aceptar el dominio de un pueblo seminómada y salvaje. Por ello, cuando se deciden a presentar el último combate y son derrotados, abandonan a Tula y a los toltecas.

Con la salida de este grupo selecto de Tula se mezcla la huída del gran pecador Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, y éste es un hecho más que viene a fortalecer nuestra hipótesis. La leyenda y el mito confunden dos acontecimientos que si no ocurrieron exactamente al mismo tiempo, si expresan el mismo sentido: la derrota de un pasado perdido que se intentaba restablecer.

Al abandonar Tula los derrotados nonoalcas, los toltecas que iniciaban apenas su proceso de aculturación, retoman el poder reinstalando a su dios, “el ojo que ve de noche”, “el que tiene instrumento para ver, dios de los jóvenes guerreros”, juez y vengador, omnisciente y omnipresente Titlauhuan, Tezcatlipoca. Pero he aquí que los toltecas, pese a su victoria, han perdido algo que indudablemente tiene un gran prestigio entre los habitantes del Valle de México y de lo cual carecen: una tradición histórico-cultural. Y este era un elemento que los derrotados nonoalcas sí tenían. Los nonoalcas sabían muchas cosas del pasado de las cuales hablaban: sabían el secreto de la agricultura, conocían el arte de los libros pintados, edificaban bellas casas y palacios, trabajaban la pluma y tallaban como nadie las piedras preciosas. Y, además, venían del lugar donde se había creado a los dioses, del lugar donde todo había tenido su origen. Por ello Topiltzin los mandó llamar, para que embellecieran a Tula con sus artes. Y ahora, los nonoalcas se han ido, los que sabían hacer cosas preciosas han dejado solos a los toltecas. ¿Qué van a hacer ahora los toltecas?

Los toltecas pronto adquieren conciencia de que es nece-

sario algo más que la fuerza de las armas para imponerse a estos pueblos del Valle, profundamente arraigados en sus tradiciones religiosas milenarias. De modo que después de que los toltecas desalojan a los nonoalcas de Tula, herederos de la tradición teotihuacana, se dan cuenta de que han perdido un elemento imprescindible para fortalecer su posición dominante, y tratan entonces de arrogarse para sí las virtudes y tradiciones que adornaban a los nonoalcas. De esta manera pensaban acrecentar su prestigio y consolidar su posición.

Esta hipótesis, que pudiera parecer fantasiosa, además de apoyarse en nuestros desarrollos anteriores, se sustenta en los datos siguientes que nos suministran las fuentes.

Nos dice Sahagún que al salir Topiltzin-Quetzalcóatl de Tula, camino de *Tlapallan*, se le presentaron unos nigrománticos (embajadores o sacerdotes toltecas) requiriéndole en la siguiente forma:

Quetzalcóatl llegó a otro lugar que se llama *Coahuapan*, en donde los dichos nigrománticos vinieron a toparse con él, por impedirle que no se fuese más adelante, diciendo al dicho *Quetzalcóatl*: ¿A dónde os váis? ¿Por qué dejásteis vuestro pueblo? ¿A quién lo encomendásteis? ¿Quién hará penitencia? ⁴⁴

¿A dónde te encaminas? ¿Por qué todo lo dejas en olvido? ¿Quién dará culto a los dioses? Él responde a los magos: —De ningún modo me es ahora posible regresar. ¡Debo irme! —¿Dónde irás, *Quetzalcóatl*? —Voy, les dijo, a la tierra del Color Rojo, voy a adquirir saber. Ellos le dicen... —*Muy bien está: deja entonces toda la cultura tolteca.* (Por esto dejo allí todas las artes: orfebrería, tallado de piedras, ebanistería, labrado de la piedra, pintura tanto de muros, como de códices, la obra de mosaico de plumas.) *De todo los magos se adueñaron.* Y él entonces allí arrojó al agua sus collares de gemas, que al momento en el agua se hundieron.⁴⁵

Por tales datos, conjeturamos que el gran estadista e ideólogo de los mexica, Tlacaélel, tuvo su fuente de inspiración en estos hechos de los toltecas. Porque el texto citado arriba no deja lugar a dudas, primero, sobre que las gentes que salieron junto o detrás de *Quetzalcóatl*, los nonoalcas, fueron en verdad los auténticos artífices, sabios y sacerdotes que hicieron posible el surgimiento de la cultura tolteca. Es decir

que a ellos y no a los toltecas refiere la palabra *Toltecáyotl*. Segundo: el texto hace ver bien claramente que los toltecas de alguna manera se apoderaron de la cultura y civilización que se llevaban consigo los seguidores de Quetzalcóatl —los nonoalcas. Es decir, que bien reteniendo a algunos de estos seguidores de Quetzalcóatl o haciéndose pasar posteriormente como los representantes de esa cultura, los toltecas pasaron después a la historia como los artífices por excelencia, cuando como hemos visto no pasaban de ser apenas un pueblo en proceso de aculturación.

Sin embargo, el hecho de que el primer gran investigador de nuestras culturas antiguas, fray Bernardino de Sahagún, propagara la idea entre sus contemporáneos de que los toltecas fueron, en el mundo antiguo, los representantes por excelencia de todo aquello que significa cultura y civilización, dio motivo a que esta ficción de los toltecas se convirtiera en una verdad inobjetable, que ninguno de nuestros investigadores contemporáneos se ha atrevido a poner en duda. Por el contrario, al aceptarse como verdad lo que los informantes de Sahagún y otras fuentes aztecas nos transmitieron, los toltecas aseguraron en la historia esa aureola de grandeza que matiza todos sus hechos en las narraciones contemporáneas.

Sin embargo, como hemos visto aquí (infra. II), la enorme contradicción que se advertía entre lo declarado por las fuentes acerca de los toltecas y lo que ha podido descubrirse de esta cultura, nos condujo, a través de diversas etapas, a considerar el problema bajo un nuevo punto de vista.

El método seguido nos llevó a conclusiones sorprendentes cuando analizamos el problema de los nonoalcas, grupo que ahora se nos revela, por sus innegables ligas con la gran cultura teotihuacana y por su estrecha asociación con Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, como el pueblo que hizo posible el desarrollo cultural de Tula y a quien se debe, propiamente, la cultura tolteca. Dentro de este contexto, es posible entender ahora con claridad las referencias a Teotihuacán como el origen y cuna de la *Toltecáyotl*, puesto que en realidad fueron sus descendientes y representantes culturales quie-

nes llevaron el conocimiento de ese pasado a Tula. *A los nonoalcas pues les corresponde legítimamente el título de artifices y sabios, puesto que fueron ellos y no los toltecas quienes llevaron a Tula la leyenda que ornaba a Teotihuacán como el lugar de nacimiento de los dioses y de todas las cosas. Los nonoalcas, además de esta rica tradición, llevaron consigo los conocimientos y las técnicas de la antigua gran cultura. Sólo que, en virtud de este embuste genial, los toltecas se arrogaron para sí los méritos y características que distinguían a este pueblo. Poco tiempo después, los aztecas, por razones semejantes, reforzaron este engaño, que ha llegado hasta nosotros a pesar de las evidentes contradicciones que envuelve y que precisamente hacen oscuros muchos de los acontecimientos relacionados con Tula.*

Ahora bien, si esta hipótesis nuestra tiene alguna consistencia, forzosamente tendrá que resolver las contradicciones principales que ha originado la impostura de los toltecas: concretamente ha de servirnos para aclarar los problemas esenciales que aquí hemos abordado referentes a Teotihuacán-Tula-Quetzalcóatl-La *Toltecáyotl*.

En primer lugar consideramos que nuestra hipótesis resuelve las contradicciones entre la gloriosa tradición cultural que se atribuye a los toltecas y los restos materiales indudablemente incomparables con esa tradición, hallados en Tula. La discrepancia entre lo que se declara en las fuentes y la realidad que muestra Tula se explica porque, como lo señala nuestra hipótesis, las referencias de las fuentes no aluden ni a los toltecas ni a Tula, sino a los nonoalcas y a Teotihuacán. Es decir que las fuentes refieren a una tradición cultural que era patrimonio de los nonoalcas, últimos representantes de la gran cultura teotihuacana y no a los toltecas invasores, recién llegados al Valle de México.

Como vemos, esta hipótesis vuelve diáfana la contradicción entre Teotihuacán y Tula en relación a la *Toltecáyotl*. En efecto, si las virtudes y excelencias que las fuentes le atribuyen a los toltecas no concuerdan con los restos de Tula, pues al contrario remiten a Teotihuacán, ello se debe a que en su origen tales referencias se relacionaban con

los nonoalcas, con los hombres que al llegar a Tula hablaban de su lugar de origen como el sitio donde habían sido creadas todas las cosas: la escritura, las artes, la agricultura, el calendario, etc. Por otro lado, a estos nonoalcas corresponde el título de grandes artífices y no a los toltecas; no sólo porque de hecho lo eran ante los semibárbaros toltecas, sino porque además fueron ellos indudablemente los que con sus manos y conocimientos edificaron Tula y la cultura tolteca. La confusión nació cuando al salir de Tula este pueblo, los toltecas se arrogaron para sí tanto el pasado de que hablaban como los conocimientos que los distinguían, de este modo se creó la leyenda de grandes artífices que luego caracterizó a los toltecas.

Así pues, ahora podemos entender con claridad la razón por la cual las fuentes inexplicablemente le atribuyen a los toltecas conocimientos y virtudes que histórica y sociológicamente no era posible adjudicarle a un pueblo seminómada, sin tradición cultural, que llega al Valle de México desconociendo no sólo las artes sino aun la agricultura misma.

Evidentemente la *Toltecáyotl* no tuvo su origen en las creaciones de este pueblo ni refería tampoco a su cultura. Pensar de esta manera equivale a considerar a los pueblos de tradición clásica, asentados en el Valle, como otros bárbaros, que habían perdido toda relación y contacto con el mundo del que descendían. Equivale a pensar que la cultura y los conocimientos que se desarrollaron en el mundo clásico había desaparecido por completo en esta época y, en consecuencia, que fueron los conocimientos traídos por los grupos invasores del norte los que hicieron posible el renacimiento cultural que se observa a partir de los toltecas. Es, por el contrario, la supervivencia de los conocimientos y técnicas del mundo clásico lo que permite el rápido y extraordinario desarrollo de los pueblos históricos, que encuentran en el Valle un fondo cultural y tecnológico, el cual facilita e impulsa el rápido desarrollo de estas culturas nuevas.

Estos desarrollos confirman plenamente nuestra creencia acerca de que el concepto de la *Toltecáyotl* nació entre los nonoalcas y refería sin duda a Teotihuacán. Aludía al arte,

la ciencia y los ideales del mundo clásico. Y es seguro que este concepto de la *Tontecáyotl*, es decir el pasado glorioso donde habían tenido su origen las ciencias, las artes y todo el conocimiento, asumía entre estos nonoalcas la forma de una Edad Dorada. Posteriormente los toltecas, al adjudicarse este pasado mítico y legendario que en algo ya compartían culturalmente, prolongaron no únicamente los conocimientos sino la leyenda misma de una Edad Dorada. En este sentido es particularmente notable observar cómo, a partir de este momento, la figura de Quetzalcóatl resume todo este pasado glorioso, mítico, legendario y fabuloso. En Quetzalcóatl, el sacerdote deificado, se resume finalmente la leyenda de una edad dorada. Cuando Quetzalcóatl gobernaba todo era feliz y los frutos se daban en abundancia. El algodón era de distintos y bellos colores y no había necesidad de tinturas, ni era necesario grandes esfuerzos para obtener el sustento de la tierra.

La mistificación que a partir de este momento sufre Quetzalcóatl es seguramente también obra de los nonoalcas y de todos los otros descendientes del antiguo mundo clásico, que al ser dominados y lentamente expulsados por las tribus invasoras del norte, proyectan todas sus insatisfacciones en esta figura espléndida que resume todo el mundo ideal pasado. Quetzalcóatl es ahora un mito cultural, una figura que evoca un mundo ideal perdido.

A su vez, la impostura de los toltecas se fortalece enormemente cuando Topiltzin es elevado al rango de dios. La deificación de Ca Acatl Topiltzin vino a significar un prestigio mayor para los toltecas, puesto que al fin y al cabo Topiltzin sí era un tolteca y había gobernado como rey y sumo sacerdote en la Tula de los toltecas-chichimecas. De este modo, aun cuando los toltecas seguramente no decidieron la deificación del sacerdote pecador, puesto que ellos siguen manteniéndose fieles a su dios Tezcatlipoca, al ser elevado Topiltzin-Quetzalcóatl a la categoría de dios viene a reafirmarse su ficción anterior, alcanzando la palabra tolteca un lustre y una significación extraordinaria en el Valle de México.

A partir de este momento, la figura de Quetzalcóatl inicia una nueva etapa. En adelante, aun a pesar de las sincretizaciones que sufre en la época del imperialismo azteca, su figura deja de referir a un elemento o advocación determinada para ser cada vez más un auténtico mito. Su figura sigue enriqueciéndose de modo incesante hasta llegar a ser el punto central de confluencia de todas las leyendas y hechos importantes que ocurren en el México Prehispánico. Quetzalcóatl es, sobre todo, el núcleo donde confluyen y cobran sentido, viven y se recrean constantemente todos los sueños e insatisfacciones humanas: es el salvador, el profeta, el dios bueno, el sacerdote por excelencia, la suma de la virtud y de la cultura: *la humanidad idealizada*. Es esta característica precisamente, el ser el recipiente de los anhelos terrenales de una humanidad insatisfecha, la que convierte a Quetzalcóatl en la figura más bella y trágica de nuestra historia.

Ninguna otra personalidad resume como Quetzalcóatl el gran conflicto del hombre: él es, idealmente, desde los tiempos prehispánicos, todo lo que el hombre no ha podido ser en su existencia terrenal. Y porque nada de lo que el hombre ha proyectado de sí mismo en Quetzalcóatl ha sido alcanzado en la vida real, es porque Quetzalcóatl llega hasta nosotros con fuerza tan tremenda. Tal parece, pues, que es una figura inmortal.

Agreguemos, finalmente, que la destrucción de los códices y de los libros pintados de la historia tepaneca ordenada por Itzcóatl a instancias de Tlacaélel, hacia 1428, no hizo más que reforzar extraordinariamente la impostura histórica cometida por los toltecas. Recordemos que esos archivos los obtuvieron los mexica durante la toma de Atzcapotzalco y seguramente provenían de Culhuacán, es decir que estos archivos trataban probablemente de los hechos históricos ocurridos durante los siglos x y xi.

Para terminar, transcribimos un texto en el que se dice cómo y por qué fueron quemados por los aztecas los libros pintados de la historia tepaneca. El ejemplo ilustra lo anteriormente dicho sobre toltecas y nonoalcas.



LÁM. IV. Lado principal de la estela 1, encontrada en Xochicalco. En el centro aparece la representación de Quetzalcóatl (según Sáenz).

Se guardaba su historia
 pero, entonces fue quemada
 Los señores *mexica* dijeron:
 no conviene que toda la gente
 conozca las pinturas.
 Los que están sujetos (el pueblo)
 se echarán a perder
 y andará la tierra torcida
 porque allí se guarda mucha mentira
 y muchos en ellas han sido tenidos por dioses.⁴⁶

Consideración final

Tanto el estudio del problema Tula-Teotihuacán, como el de Quetzalcóatl y la *Toltecáyotl*, nos han revelado, en su fondo, una misma y común problemática que vale la pena destacar: el examen de estos conceptos ha puesto en evidencia las confusiones que origina un método inadecuado en el estudio de nuestras antiguas culturas. Sobre todo el caso de Quetzalcóatl y la *Toltecáyotl*, ha demostrado que no es correcto estudiar las culturas anteriores al siglo xiv sirviéndose exclusivamente de las fuentes históricas que nos legaron los cronistas, informantes e historiadores del siglo xv y xvi.

Si en otro tiempo la carencia de estudios arqueológicos suficientes y científicos hizo posible el que los investigadores tendieran a considerar a las fuentes escritas como el único instrumento válido para el estudio de nuestro pasado, hoy tenemos ante nosotros un panorama esencialmente distinto. Sobre todo cuando, como hemos visto, este método ha resultado especialmente mistificador, por cuanto que extiende una *visión del mundo* propia de la cultura azteca a culturas y sociedades tan distintas y separadas de ella como la teotihuacana.

A ello es menester agregar un vicio de origen en el estudio de nuestro pasado prehispánico. Este vicio original tiene su explicación en la manera cómo se inició el estudio de nuestras antiguas culturas: de adelante para atrás y a través de las fuentes escritas exclusivamente. Este método, producto de la necesidad y de la época, ha provocado no pocas equivocaciones y ha creado, *por su sola práctica*, problemas

que propiamente no obedecen a la problemática interna de los hechos estudiados, sino que son consecuencia directa de esta forma especial como empezó a estudiarse nuestra historia.

Así por ejemplo, todo el problema relativo a la tríada Tula-Teotihuacán-La *Toltecáyotl*, motivo de abundantes y acaloradas polémicas, tiene su raíz en el hecho de que, como las fuentes escritas hablaban de una ciudad fabulosa construida por no menos legendarios artífices, la mayoría de nuestros historiadores al descubrirse Teotihuacán pensaron que esta y no otra era la ciudad a que se referían las fuentes. De igual manera, como las fuentes hablaban maravillas y no escatimaban elogios al supuesto arte de los toltecas, por mucho tiempo se atribuyó a este pueblo toda la gran cultura que floreció en el centro de México. Es decir que simplemente se trataba de adecuar los descubrimientos arqueológicos a aquello que referían las fuentes.

Los ejemplos en este sentido pueden multiplicarse indefinidamente. Baste aquí señalar que el estado actual de los conocimientos arqueológicos relativos al mundo antiguo exige enfocar ahora las investigaciones desde un punto de vista radicalmente diferente. Y en el caso concreto de las fuentes históricas, se impone la revisión crítica de éstas con objeto de precisar su carácter y aclarar las alteraciones y mistificaciones que a través de ellas sufrió la historia más antigua. Por lo demás, su importancia y validez se limita a la época llamada histórica y no tiene por qué aplicarse al estudio de las culturas más remotas, salvo de manera *complementaria*.

Otra consideración nacida de este primer acercamiento al pasado prehispánico es la relativa a la figura señera de Quetzalcóatl. En virtud de un proceso mistificador de siglos, de cambios religiosos, de sucesivas sincretizaciones, de adecuaciones políticas e ideológicas y de otros muchos factores, la antigua deidad Serpiente Emplumada al identificarse posteriormente con el personaje Quetzalcóatl, se convirtió en un auténtico mito. Quizá por ello, gracias a este fenómeno extraordinario, lo que menos importa ahora es conocer el significado original que alguna vez tuvo esta deidad, cuanto

saber el proceso e interpretaciones que la figura de Quetzalcóatl ha sufrido a través del tiempo. E indiscutiblemente que el mito de Quetzalcóatl tiene ahora una importancia mayor por su historia misma, que por lo que hubiera significado alguna vez para ciertas gentes. Y la historia de este mito es simplemente maravillosa.

La Serpiente Emplumada, de deidad de las aguas y la renovación vegetal en Teotihuacán II, pasa a ser, a través de Xochicalco, Tajín, Cholula, mayas, toltecas y aztecas, héroe cultural, lucero de la mañana y de la tarde, dios del viento y de los comerciantes, profeta, demiurgo, hechicero, mago, paradigma del sacerdocio, gran pecador, dios creador, salvador, etc. Y, más tarde, en nuestra historia postcortesiana, instrumento de la evangelización, misionero cristiano, redentor del indígena, representante del nacionalismo surgente, símbolo de cultura y héroe de incontables narraciones, fábulas, poemas, dramas, novelas, historias, etc. La lista de hechos y leyendas que esta figura portentosa evoca es interminable.

Lo significativo es que al nacer esta entidad en el siglo II, no nació una deidad propiamente, sino un individuo: se creó una personalidad. Un ser que al correr de los años, como una persona, tuvo su propia historia y siguió desarrollándose según sus propias leyes hasta incorporar en ella, como un dios (en el sentido de Feuerbach o de Marx) las insatisfacciones y los anhelos de los hombres. Porque si en muchos casos Quetzalcóatl asume la trágica condición humana —como es el caso de Osiris también— y padece y sufre como un ser humano cualquiera, otras veces resume y proyecta en su figura todo lo que el hombre ha querido ser y no es. Y al recoger en su personalidad mítica las preocupaciones y los intereses del hombre contemporáneo Quetzalcóatl ha devenido —aun cuando sus orígenes se retrotraen a un pasado remoto— un mito *nuestro*.

NOTAS

¹ Véase la *Advertencia a Una Elegía Tolteca*, de Walter LEHMANN, México, Publicaciones de la Sociedad México-Alemana Alejandro de Humboldt. 1941, pp. 3 y ss.

2 El resultado de estas exploraciones, junto con otros documentos, planos, fotografías y estudios relativos a Teotihuacán se encuentra en el primer tomo de *La Población del Valle de Teotihuacán*, México, 1922.

3 Informantes Indígenas de Sahagún, *Códice Matritense de la Real Academia de Historia*, Trad. por Miguel León-Portilla; cit. por Demetrio SODI en "Consideraciones sobre el origen de la *Toltecáyotl*", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, 1962, Vol. III, pp. 56-7.

4 Véase Antonio GARCÍA CUBAS, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, t. I, México, 1873, y también Désire CHARNAY, *Les anciennes villes du nouveau monde*, Paris, 1885.

5 Jorge ACOSTA, "La ciudad de Quetzalcóatl", en *Cuadernos Americanos*, mayo-abril de 1942, núm. 2, págs. 121 y ss.

6 "Exploraciones en Tula, Hidalgo, 1940", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. Núm. 3, tomo cuarto, 1940.

7 *Ibid.*, p. 192.

8 Véase "La ciudad de Quetzalcóatl", p. 120 y ss.

9 "Teotihuacán, Tula y los toltecas", en *Runa*, Archivo para las Ciencias del Hombre, Vol. III, Buenos Aires, 1950, p. 70.

10 SODI, "Consideraciones sobre el origen de la *Toltecáyotl*", p. 55 nota núm. 2. Véase también Ángel María K. GARIBAY, *Épica Náhuatl*, México, UNAM, 1945, p. 137.

11 *Historia General de las cosas de Nueva España*, Ed. anotada por Ángel María GARIBAY. México, Porrúa, 1956, t. III, Libro décimo, p. 184. Todas las citas posteriores de Sahagún refieren a esta edición.

12 "Tula, la supuesta capital de los toltecas", en *Cuadernos Americanos*, enero-febrero de 1954, pp. 161-2.

13 SAHAGÚN, *ob. cit.*, t. III, libro décimo, p. 184.

14 "Teotihuacán, la ciudad sagrada de Quetzalcóatl", en *Cuadernos Americanos*, mayo-junio de 1954, pp. 177-205. Véase también de la misma autora: "El mensaje de Quetzalcóatl", en *Cuadernos Americanos*, septiembre-octubre de 1954, y *Pensamiento y Religión en el México Antiguo*, México, F.C.E., 1957, p. 28 y ss.

15 SAHAGÚN, *ob. cit.*, t. I, Pról., pp. 29-30.

16 "Consideraciones sobre el origen de la *Toltecáyotl*", *ob. cit.*

17 *Ibid.*, p. 55.

18 "Una concepción náhuatl del arte", en *Revista Universidad de México*, Vol. XII, Núm. 9, mayo de 1958, p. 2. Véase también el trabajo de SODI aquí citado, p. 56. JIMÉNEZ MORENO también señala la existencia de una *Edad Dorada*.

19 SODI, *ob. cit.*, p. 68, nota núm. 22.

20 *Ibid.*, p. 72.

21 "Tula y los toltecas según las fuentes históricas", en *Rev. Mexicana de Estudios Antropológicos*, núms. 2-3, tomo quinto, 1940, p. 80 y ss. Ahí, a través de un cuidadoso análisis de la obra de Sahagún, los *Anales de Cuauhtitlán*, la *Histoyre du Méchique*, la *Colección de Cantares*

Mexicanos, los *Anales de los Cakchiqueles*, y de un mapa de Tula del siglo XVIII, JIMÉNEZ MORENO demuestra que la Tula a que se refieren esas fuentes es la Tula de Hidalgo.

²² *Siete ensayos sobre la cultura náhuatl*, México, UNAM, 1958. pp. 36-7. Véase del mismo autor *Los antiguos Mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, F.C.E., 1961, p. 27.

²³ "Tula, la supuesta capital de los toltecas", pp. 160-1.

²⁴ *Loc. cit.*

²⁵ *Historia General de las cosas de Nueva España*, t. I, Libro primero, p. 278.

²⁶ *Ob. cit.*, t. III, Libro décimo, p. 186.

²⁷ *Ibid.*, p. 187.

²⁸ *Ibid.*, pp. 188-9.

²⁹ "Tula, la supuesta capital de los toltecas", pp. 160-1.

³⁰ "Teotihuacán, la ciudad sagrada de Quetzalcóatl", pp. 183-4.

³¹ Los desarrollos siguientes sobre la Serpiente Emplumada y Quetzalcóatl son un resumen de un estudio más extenso y detenido sobre estos problemas. Aquí, propiamente, sólo presentamos las conclusiones, sin exponer el material empírico sobre el que nos apoyamos. Véase al efecto el trabajo: *La Serpiente Emplumada, Tláloc y Quetzalcóatl*, en un número próximo de *Cuadernos Americanos*.

³² Cf. Román PIÑA CHAN, *Mesoamérica*. México, INAH, 1960, p. 77; y también de Pedro ARMILLAS su obra antes citada "Teotihuacán, Tula y los toltecas". ARMILLAS sitúa a la construcción del Templo de la Serpiente Emplumada en la fase *Miccaotli*, que corresponde al Teotihuacán II de VAILLANT.

³³ *El Universo de Quetzalcóatl*, México, F.C.E., 1962, pp. 153-4.

³⁴ Véase "La Serpiente Emplumada, Quetzalcóatl y Tláloc", en *Cuadernos Americanos*, enero-febrero de 1947; y también "Los dioses de Teotihuacán", en *Anales del Instituto de Etnología Americana*, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, tomo VI, 1945, pp. 35-61. PIÑA CHAN apunta en su obra citada que Tláloc aparece como un desarrollo de la Serpiente Emplumada, p. 80.

³⁵ *Un Palacio en la ciudad de los dioses*, México, INAH, 1959, pp. 172-3 y *El Universo de Quetzalcóatl*, pp. 42-3.

³⁶ Wigberto JIMÉNEZ MORENO, "Síntesis de la Historia Pretolteca de Mesoamérica", en *El Esplendor del México Antiguo*, México, Centro de Investigaciones Antropológicas, 1959, t. II, p. 1068-1069.

³⁷ *Historia Tolteca-Chichimeca*, (versión anotada de Heinrich BERLÍN, en colaboración con Silvia RENDÓN. Pról. de P. KIRCHHOFF), México, antigua librería Robredo, 1947, p. 68. Véase también el estudio de KIRCHHOFF, "Los pueblos de la historia Tolteca-Chichimeca, sus migraciones y parentesco", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, núms. 2-3, tomo quinto, 1941.

³⁸ JIMÉNEZ MORENO, "El enigma de los Olmecas", en *Cuadernos Ame-*

ricos, septiembre-octubre de 1942, p. 137; y también *ob. cit., supra* nota 36, p. 1094.

³⁹ Cf. el estudio de Paul KIRCHHOFF, "Quetzalcóatl, Huémac y el fin de Tula", en *Cuadernos Americanos*, noviembre-diciembre de 1955.

⁴⁰ *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles*. Trad. del náhuatl por el Lic. Primo Feliciano VELÁZQUEZ. México, Imprenta Universitaria, 1945, p. 14. Cf. SAHAGÚN, *ob. cit.*, t. III, Libro décimo, pp. 188 y ss.

⁴¹ "Relación de la Genealogía y Linaje de los señores que han señorado esta tierra de la Nueva España, en "Relaciones de Texcoco y Nueva España." *Nueva Colección de documentos para la historia de México*, POMAR-ZURITA Relaciones Antiguas. México. Ed. Salvador Chávez Hayhoe, s. f., p. 242.

⁴² *Anales de Cuauhtitlán, ob. cit.*, p. 7. En este caso nos servimos de la versión del padre GARIBAY, *Historia de la Literatura Náhuatl*, México, Edit. Porrúa, 1953, t. I, p. 458.

⁴³ Para los hechos que se relacionan con Topiltzin, Xochicalco y Tula véase: *Historia Antigua de México*, de JIMÉNEZ MORENO, Xalapa, 1958, p. 18 a 29; "Síntesis de la historia Pretolteca...", p. 1071; "El enigma de los Olmecas", p. 137 y ss. *Una Elegía Tolteca*, advertencia, pp. 3-4 *Tenochtitlán en una Isla*, de I. BERNAL, México, INAH, 1959, pp. 66-80. C. SÁENZ, *Quetzalcóatl*, México, INAH, 1962, p. 9-16. Y el trabajo nuestro mencionado en la nota 31.

⁴⁴ SAHAGÚN, *ob. cit.*, t. I, apéndice al libro tercero, p. 290.

⁴⁵ Se trata del mismo texto citado arriba de SAHAGÚN, pero en este caso la versión del padre GARIBAY, *Épica Náhuatl*, México, UNAM., 1945, p. 61, resulta más adecuada para nuestros propósitos.

⁴⁶ *Textos de los informantes de Sahagún*, Vol. VIII, fol. 192, v; ap. I, 73. Cit. por Miguel LEÓN-PORTILLA en *La filosofía Náhuatl*, México, UNAM, 1959, pp. 251-2.